

5. CIUDADANÍA PLANETARIA

La Tierra es una sola nación y los seres humanos sus ciudadanos.

Río-92

La globalización, fenómeno que caracterizó el final del siglo XX, impulsado sobre todo por la tecnología, parece determinar cada vez más nuestras vidas. "Gran parte del destino de cada uno de nosotros, querámoslo o no, se juega en un escenario en escala mundial. Impulsada por la apertura de las fronteras económicas y financieras, impulsada por teorías de libre comercio, reforzada por el desmembramiento del bloque soviético, instrumentada por las nuevas tecnologías de la información, la interdependencia planetaria no cesa de aumentar, en los planos económico, científico, cultural y político" (Delors, 1999, p. 35).

Las decisiones sobre lo que nos sucede día a día parecen escapárse nos por que son tomadas muy lejos de nosotros, comprometiendo nuestro papel de sujetos de la historia. Pero no es tan así. Como fenómeno y como proceso, la globalización se volvió irreversible, pero no este tipo de globalización a la cual estamos sometidos hoy —la globalización capitalista—, cuyos efectos más inmediatos son el desempleo o la profundización de las diferencias entre los pocos que tienen mucho y los muchos que tienen poco, así como la pérdida de poder y de autonomía de muchos estados y naciones. Hay pues que distinguir los países que hoy comandan la globalización —los globalizadores (países ricos)— de los países que sufren la globalización —los países globalizados (pobres).

Dentro de este complejo fenómeno podemos distinguir también la *globalización económica*, realizada por las transnacionales, de la *globalización de la ciudadanía*. Ambas utilizan la misma base tecnológica pero con lógicas opuestas. La primera, sometiendo a los estados y naciones, es comandada por el interés capitalista; la segunda globalización es la realizada por la organización de la sociedad civil. La sociedad civil globalizada es la respuesta que están dando hoy la sociedad civil, como un todo, y las ONG a la globalización capitalista. En

este sentido, el Foro Global 92 se constituyó en un evento de los más significativos de finales del siglo XX: dio un gran impulso a la globalización de la ciudadanía. Hoy el debate en torno de la *Carta de la Tierra* se está constituyendo en un factor importante de construcción de esta ciudadanía planetaria. Cualquier pedagogía pensada fuera de la globalización y del movimiento ecológico tiene hoy serios problemas de contextualización.

El movimiento ecológico y la globalización están abriendo nuevos caminos no sólo a la educación sino también a la cultura y la ciencia. La fragmentación va siendo gradualmente sustituida por un análisis que tiene en cuenta muchos y variados aspectos (teoría de la complejidad). El pensamiento fragmentado que simplifica las cosas y destruye la posibilidad de una reflexión más amplia sobre cuestiones de la propia sobrevivencia de la humanidad y del planeta va poco a poco siendo sustituido por la *transdisciplinariedad*. "La tradicional separación entre las disciplinas en humanas, exactas y naturales pierde sentido, ya que lo que se busca es el conocimiento integrado de todas ellas para la solución de los problemas ambientales" (Reigota, 1994, p. 26). A partir de la problemática ambiental vivida cotidianamente por uno mismo y por los más próximos, o sea, en la familia, en la escuela, en la empresa, en la aldea, en las diversas comunidades nativas, en la biografía de cada uno, en sus historias de vida, se procesa la conciencia ecológica y se opera el cambio de mentalidad. La transdisciplinariedad no anula las disciplinas, sino que las aproxima, las fortalece en aquello que ellas tienen en común, que las atraviesa, que las sobrepasa.

La ecopedagogía no sólo quiere ofrecer una nueva visión de la realidad. Pretende además reeducar la mirada o, como dijo Edgar Morin, "la mirada sobre la mirada que mira" (Petraglia, 1998). Reeducar la mirada significa desarrollar la aptitud de observar la presencia de agresiones al medio ambiente, crear hábitos alimentarios nuevos, observar el desperdicio, la contaminación sonora, visual, la polución del agua y del aire, etc., e intervenir en el sentido de reeducar al habitante del planeta.

En el Instituto Paulo Freire hemos defendido en los últimos años lo que llamamos escuela ciudadana y pedagogía de la praxis. ¿De qué modo llegamos a elegir hoy la ecopedagogía como un tema central de preocupación del Instituto sin perder las banderas sostenidas hasta ahora?

El camino que el IPF recorrió para llegar a la ecopedagogía fue el resultado de su propia reflexión e intervención en la práctica educa-

tiva, contextualizada hoy partiendo del legado de su fundador, Paulo Freire. La *escuela ciudadana*, tal como la defendemos, se encuadra perfectamente en las preocupaciones de la ecopedagogía, en la medida en que su supuesto básico es que cada escuela construya su propio proyecto político-pedagógico. La autonomía es también una característica de la ecopedagogía. La *pedagogía de la praxis*, inserta en la tradición marxista renovada de la pedagogía, tampoco se contraponen a la ecopedagogía como pedagogía liberadora. En el Instituto Paulo Freire no abandonamos las categorías críticas (marxismo, liberación), e incluso incorporamos categorías poscríticas (significación, representación, cultura, multiculturalismo). La escuela ciudadana, al proponer la ecopedagogía, se fundamenta en una concepción crítica de la educación y avanza en la posmodernidad científica y educativa, “progresivamente”, como nos lo escribía su fundador, Paulo Freire (Gadotti, 1995, p. 11), teniendo en cuenta los nuevos paradigmas de la ciencia y de la pedagogía, sin dicotomizarlos burocráticamente, pero extrayendo de ellos las necesarias lecciones a fin de poder continuar caminando.

Creemos que tanto una como otra de nuestras primeras banderas tienen que ganar con la ecopedagogía en la medida en que ella contribuye a ampliar el horizonte de las propuestas defendidas por el IPF. Tanto en el caso de la escuela ciudadana como en el caso de la pedagogía de la praxis, la ecopedagogía agrega un valor más, que es el de la “ciudadanía planetaria” (Gutiérrez, 1966). El concepto de ciudadanía gana una nueva dimensión. Como *ciudadanos(as) del planeta* nos sentimos seres que estamos conviviendo en el planeta Tierra con otros seres vivientes e inanimados. Este principio debe orientar nuestras vidas, nuestra forma de pensar la escuela y la pedagogía.

La cultura oriental, al contrario que la occidental y cristiana, podría aquí ser evocada para dar soporte a esa “integración” con la naturaleza: “Esto es una piedra, pero de aquí a algún tiempo tal vez sea tierra, y la tierra se transformará en una planta, o en un animal, o incluso en un hombre. [...] No le tributo reverencia o amor porque ella un día tal vez pueda volverse esto o aquello sino porque es todo eso, siempre y desde siempre. Y precisamente por ser ella una piedra, por presentarse como tal hoy, en este momento, la amo y percibo su valor, el significado que existe en cualquiera de sus vetas y cavidades, en los amarillos y en las cenizas de su coloración, en su dureza, en el sonido que le extraigo al golpear en ella, en la aridez o la humedad de su superficie” (Hesse, 1994, p. 153). Hermann Hesse, quien reci-

bió en 1946 el premio Nobel de Literatura con su libro *Siddharta*, expresa en ese pasaje la profunda unidad que existe entre todos los seres, animados o no, con los cuales compartimos el planeta.

“Extranjero yo no voy a ser. Ciudadano del mundo yo soy”, dice la letra de la música cantada por Milton Nascimento. Si los niños de nuestras escuelas entendiesen en profundidad el significado de las palabras de esta canción estarían iniciando una verdadera revolución pedagógica y curricular. ¿Cómo puedo sentirme extranjero en cualquier territorio si pertenezco a un único territorio que es la Tierra? No hay lugar extranjero para los terrícolas en la Tierra. Si soy ciudadano del mundo no pueden existir para mí fronteras. Las diferencias culturales, geográficas, raciales y otras desaparecen ante mi sentimiento de pertenencia a la humanidad.

¿Pero será que somos realmente ciudadanos(as) del mundo? ¿Qué es ser ciudadano(a)? ¿Qué es la ciudadanía?

Ciudadanía es, esencialmente, conciencia de derechos y deberes. No hay ciudadanía sin democracia, aunque pueda haber ejercicio no democrático de la ciudadanía. La democracia se fundamenta en tres derechos: *derechos civiles* (como la seguridad y la libre circulación); *derechos sociales* (como el trabajo, el salario justo, la salud, la educación, la vivienda, etc.); *derechos políticos* (como la libertad de expresión, de sufragio, de participación en partidos políticos y sindicatos, etcétera).

El concepto de ciudadanía, sin embargo, es ambiguo. En 1789 la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* establecía las primeras normas para asegurar la libertad individual y la propiedad. Es una concepción restringida de la ciudadanía. Así, pueden existir diversas concepciones de ciudadanía: la concepción liberal, la neoliberal, la socialista democrática (el socialismo autoritario y burocrático no admite a la democracia como valor universal y desprecia a la ciudadanía como valor). Existe hoy una *concepción consumista* de ciudadanía sustentada en la competitividad capitalista. Ella se restringe al derecho del ciudadano de exigir la calidad anunciada de los productos que compra. Sería una ciudadanía de mercado. En oposición a esa concepción restringida existe una *concepción plena* de ciudadanía. Ella no se limita a los derechos individuales. Se manifiesta en la movilización de la sociedad para la conquista de los derechos antes mencionados, que deben ser garantizados por el estado. Es una ciudadanía que se dirige a la conquista y la construcción de nuevos derechos. El ciudadano que es cumplidor de las leyes, paga impuestos y escoge sus representantes políticos está ejerciendo la ciudadanía.

Pero la ciudadanía plena es más exigente. Crea derechos, nuevos espacios de ejercicio de la ciudadanía.

La concepción liberal y neoliberal de ciudadanía entiende que ella es sólo un producto de la solidaridad individual (de la "gente de bien") entre las personas, y no una conquista y una construcción en el interior del propio estado. La ciudadanía implica instituciones y reglas justas. El estado, en una visión democrática y solidaria, necesita actuar —con el objeto de evitar, por ejemplo, los abusos económicos de los oligopolios— para hacer valer las reglas definidas socialmente. No basta conquistar el poder del estado; es preciso ocuparlo con la finalidad de que esté mejor calificado para el ejercicio de sus funciones, para volverlo más competente en la atención al ciudadano. Más que conquistar el estado para invertir su lógica autoritaria es preciso diluir, disolver su poder en el cuerpo social como un todo.

Aunque haya consenso en torno al valor de la ciudadanía, ella es comprendida en formas muy diferentes y hasta antagónicas. Como afirma Adela Cortina (1997), existen dimensiones complementarias de la ciudadanía:

1. *Ciudadanía política*: participación en una comunidad política.
2. *Ciudadanía social*: justicia como exigencia ética (de la sociedad de bienestar a la sociedad justa).
3. *Ciudadanía económica*: la empresa ciudadana, la ética y la transformación de la economía: los trabajadores del saber, el tercer sector (privado, pero público).
4. *Ciudadanía civil*: la sociedad civil y la civilidad, la civilización. Valores cívicos: libertad, igualdad, respeto activo, solidaridad, diálogo.
5. *Ciudadanía intercultural*: multiculturalidad, interculturalidad, transculturalidad. La interculturalidad como proyecto ético y político (miseria del etnocentrismo). La cuestión de la identidad.

La noción de *ciudadanía planetaria* (mundial) se sustenta en la visión unificadora del planeta y de una sociedad mundial. Se manifiesta en diferentes expresiones: "nuestra humanidad común", "unidad en la diversidad", "nuestro futuro común", "nuestra patria común", "ciudadanía planetaria".

Ciudadanía planetaria es una expresión adoptada para expresar un conjunto de principios, valores, actitudes y comportamientos que demuestra una *nueva percepción de la Tierra* como una única comunidad (Boff, 1995). Frecuentemente asociada al "desarrollo sustenta-

ble", tal visión es mucho más amplia que esa relación con la economía. Se trata de un punto de referencia ético indisociable de la *civilización planetaria* y de la ecología. La Tierra es *Gaia* (Lovelock, 1987), un superorganismo vivo y en evolución: lo que le sea hecho a ella repercutirá en todos sus hijos.

Hay varios *procesos de globalización*. Destacamos al menos dos de ellos:

1. El proceso de globalización que extendió un modelo de dominación económico, político y cultural totalitario y excluyente: la globalización del modo de producción capitalista. En él podemos distinguir entre países globalizadores y países globalizados. Aquí, la globalización es esencialmente excluyente y ha creado las condiciones para un retroceso brutal desde el punto de vista de los derechos de la mayoría de los ciudadanos de todo el mundo. En este proceso la economía de mercado ha favorecido las disputas regionales por medio de bloques: el europeo, el asiático, el norteamericano ampliado y el latinoamericano, retardando —en lugar de promover— una real globalización. El mundo, desde el punto de vista económico, continúa dividido. Ahora está dividido en bloques, en grandes intereses regionales.

2. El proceso de globalización propiciado por los avances tecnológicos, que crean las condiciones materiales (pero no las ético-políticas) de la ciudadanía global, es decir, la *globalización de la sociedad civil*. Ésta posibilita nuevos movimientos sociales, políticos y culturales, intensificando el intercambio de experiencias de las diferentes y particulares maneras de ser y cuestionando las desigualdades dentro de los estados naciones. La cuestión fundamental planteada por estos movimientos es la de la *extraterritorialidad*: una ciudadanía planetaria que supere las nacionalidades (y sobre todo los nacionalismos) pero que, al mismo tiempo, reconozca expectativas éticas, ecológicas, de género, etc., en calidad de constitutivas de un derecho a la institucionalidad como nuevos estados naciones (por eso se habla, por ejemplo, de "nación negra", "nación indígena", etc.). Son nuevas territorialidades que combinan los determinantes económicos con los de la etnicidad, los de género, etc. La ciudadanía nacional pierde su territorio de origen y aparece una ciudadanía pluriterritorial. Éste es el espacio (¿ciberespacio?) de las ONG y de las estructuras intergubernamentales que van tomando franjas de poder cada vez mayores en el estado nación. El *desafío* que se presenta a estas nuevas territo-

rialidades es el del *fortalecimiento de la perspectiva democrática* en el seno de la propia sociedad civil.

Muchos movimientos encuentran formas de legitimación de sus actos en el plano internacional. Véase el ejemplo del poderoso movimiento ecologista Greenpeace, que realiza campañas de preservación de la naturaleza en casi todo el mundo. El World Wildlife Fund (WWF) es otro ejemplo importante. Se trata de una de las mayores organizaciones en defensa de la ecología, con 4.7 millones de miembros y con actividades en más de cien países. Es una institución, por consiguiente, mayor que algunas naciones. Para citar otro ejemplo: el Earthwatch, que patrocina investigaciones científicas en más de cien países, incluyendo salud, arqueología y sociología.

En la visión del primer proceso, centrado en el modelo económico-político neoliberal, la ciudadanía global ya habría sido alcanzada. Es lo que sostienen los globalistas. En la visión del segundo proceso, la ciudadanía global es considerada como un proceso lento de construcción, inconcluso, en la medida en que existen aún muchos excluidos de la globalización. Ante el fenómeno de la globalización no podemos comportarnos como los *apocalípticos*, que ven en la globalización la fuente de todos los males, ni como los *integrados*, que ven en ella la salvación o la condición final de la realización plena del ser humano.

Oímos con frecuencia que uno de los objetivos de los proyectos de informática en las escuelas públicas es "educar para una ciudadanía global" en una sociedad tecnológicamente desarrollada y que los nuevos Parámetros Curriculares Nacionales de Brasil se orientan a adecuar el currículo a la globalización, etc. ¿Pero a qué tipo de globalización se refieren? No lo mencionan, dando por supuesto que la globalización económica es la única forma posible de globalización. No hay duda de que, en la visión más corriente, el término "global" está mucho más ligado al proceso de globalización económica que al principio de globalización (solidaridad) de la sociedad civil.

La *sociedad civil mundial* o global está aún en formación y "abarca una gran variedad de sociedades contemporáneas, del Este y del Oeste, pobres y ricas, centrales y periféricas, desarrolladas y subdesarrolladas, dependientes y autónomas, es decir, definibles por cualquier concepto que se quiera usar. A pesar de las diferencias existentes entre esas sociedades en cuanto a sus niveles sociales, económicos, políticos, tecnológicos, culturales, es posible distinguir en ellas estructuras, relaciones y procesos semejantes (María Lúcia Azevedo Leonardi, en

Cavalcanti, 1998, p. 195). Entre los rasgos característicos de las sociedades contemporáneas, María Lúcia Azevedo Leonardi (*ibid.*, pp. 196-207) destaca el desarrollo tecnológico, la occidentalización de la cultura, la desterritorialización y la declinación de las metrópolis, el debilitamiento de los estados naciones, "eslabones de la sociedad global", según Octavio Ianni (1992, p. 96).

Si el término "ciudadanía" es ambiguo no es menos ambigua la expresión "sociedad civil mundial". Como dijo el Informe del Club de Lisboa, "la sociedad civil mundial" es una nebulosa. Está compuesta por cientos de miles (cerca de medio millón) de grupos e instituciones cuyas actividades van desde la promoción de la no violencia hasta la defensa de las especies animales en peligro de extinción, desde la defensa y la promoción de oportunidades iguales para hombres y mujeres hasta la lucha contra la disecación de animales vivos, desde la conservación de los ambientes naturales hasta los movimientos ecológicos en todas sus formas y componentes, desde el diálogo entre las religiones hasta la lucha contra la tortura, desde la defensa de los inmigrantes hasta el desarrollo de nuevas formas de actividad económica, desde el fortalecimiento de la cooperación transnacional entre las minorías lingüísticas hasta la búsqueda de una nueva ética en los negocios, desde la promoción de una telemática democrática hasta la lucha contra la guerra, y así sucesivamente" (Petrella, 1995, pp. 36-37).

El Club de Lisboa puso en evidencia a los grupos de la sociedad civil que no integran el llamado campo democrático y que luchan por ideales racistas y antidemocráticos, prefiriendo señalar las formas morales y humanitarias de la militancia social de la sociedad civil mundial, entre las que se destacan la actuación de Amnistía Internacional, Caritas Internacional, los Amigos de la Tierra, Care, Emmaús Internacional, Médicos Sin Fronteras, Greenpeace, World Wildlife Fund, etc. La sociedad civil mundial está aún muy fragmentada, dividida internamente, dependiendo de cada contexto y país, donde existen muchas diferencias de constitución jurídica.

A pesar de eso la sociedad civil mundial está desempeñando un importante papel, ya sea en la formación de una conciencia ética planetaria emergente o bien como expresión de demandas sociales, aspiraciones populares y objetivos comunes de amplios sectores de la sociedad, o incluso en la defensa de la calidad de vida y de los valores democráticos, principalmente de los países pobres. Además de eso, es preciso destacar su *capacidad de innovación política*. "La socie-

dad civil mundial no es sólo una conciencia moral y no se limita a expresar necesidades y aspiraciones. A través de su acción multiforme y su conducta en diversos niveles contribuye también a la solución de problemas, buscando y experimentando nuevos métodos y vías para confrontar nudos no resueltos y desafíos, para identificar nuevas soluciones institucionales, financieras, económicas y sociales" (Petrella, 1995, p. 40).

Ante la ambigüedad del término "global" preferimos hablar de *ciudadanía planetaria* y no de ciudadanía global. Por otra parte, deseamos subrayar nuestra pertenencia al planeta y no al proceso de globalización. El concepto de ciudadanía global estaría mucho más ligado al reciente proceso de globalización provocado por los avances tecnológicos, en tanto que la *planetariedad* continúa siendo un deseo, un sueño que viene de mucho más lejos. La diferencia es que hoy, "dadas las amenazas que pesan sobre todos nosotros, la Tierra ganó una nueva centralidad" (Boff, 1995, p. 10).

A primera vista parece que hoy la ciudadanía, la tecnología y la globalización están cambiando juntas. Sin embargo es necesario distinguirlas analizando sus particularidades y especificidades, sus límites y posibilidades. De ahí nuestra preocupación pedagógica por formular aquí algunas preguntas que todo educador debe tener en cuenta al proponerse educar para una ciudadanía planetaria.

1. ¿Cómo construir una ciudadanía planetaria en un país globalizado donde ni siquiera fue construida aún la *ciudadanía nacional*? Ésta no es una pregunta que debe ser dirigida sólo a los educadores, sino también a los políticos, a los comunicadores, etc. ¿Qué garantías tenemos de que la *Carta de la Tierra* sea cumplida si aún no fue cumplida la *Declaración de los Derechos Humanos*?

2. ¿Cómo queda el tema de la identidad ante la *occidentalización de la cultura* promovida por los medios masivos de difusión y frente al predominio de la lengua inglesa en Internet (65% de inglés ante 0,5% de portugués, por ejemplo)? La riqueza de la humanidad está principalmente en su diversidad. Si entendemos por humanidad la diversidad, ¿no estaríamos acaso ahora caminando hacia la muerte intelectual de la propia humanidad, provocada por la unificación de la cultura y por el mestizaje?

La identidad, el diálogo y la solidaridad no siempre andan juntos. Como dice el Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre Educación para el Siglo XXI, la "exigencia de una solidaridad en

escala mundial supone, por otro lado, que todos superen la tendencia de encerrarse en ellos mismos, de modo que puedan abrirse a la comprensión de los demás basada en el respeto por la diversidad. La responsabilidad de la educación en esta materia es, al mismo tiempo, esencial y delicada, en la medida en que la noción de identidad se presta a una doble lectura: afirmar la diferencia, descubrir los fundamentos de su cultura, reforzar la solidaridad del grupo pueden constituir para cualquier persona pasos positivos y liberadores; pero cuando es mal comprendido, este tipo de reivindicación contribuye, igualmente, a volver difíciles y hasta incluso imposibles el encuentro y el diálogo con el otro" (Delors, 1999, p. 48).

3. ¿Estaremos gestando una *cultura global* capaz de borrar todas las culturas particulares y locales? ¿Cuáles serían las consecuencias de este proceso de unificación de las culturas? ¿No es el mismo proceso de mundialización de una cultura particular-local? ¿Esta gestación no estaría, a su vez, posibilitando el crecimiento del fundamentalismo (religioso o laico), enconando las resistencias comunitarias frente a los valores culturales universalizantes? Ciertas culturas locales están reforzando sus rasgos, llevándonos a creer que el mundo continúa fragmentado y no globalizado. ¿Qué se está globalizando? ¿Patrones de consumo y de producción? Como afirma Fausto Telleri, profesor de la Universidad de Bolonia, "el proceso de globalización en curso, si bien por una parte crea las condiciones de una aldea global y vuelve más real la posibilidad de una alfabetización general, ¿no puede ser también, por otra parte, un peligro para la identidad de las minorías lingüísticas y culturales? Son éstos algunos de los desafíos a los cuales la educación tiene hoy el deber de responder adecuada y satisfactoriamente si quiere representar una perspectiva de esperanza y de desarrollo creador para todos" (IPF, 1999, p. 36).

4. Como nos lo recuerda la *Carta de la Tierra* de Cuba, aprobada en septiembre de 1998, el capitalismo promueve el consumismo y es contrario en su esencia a la protección del medio ambiente. El neoliberalismo procura destruir a la comunidad para construir al individuo. La ciudadanía planetaria está fundada en valores universales consensuados, en un mundo justo, productivo, y en un ambiente saludable. ¿Qué *consensos* pueden ser contruidos bajo la hegemonía capitalista? Al mismo tiempo que escribimos los consensos necesitamos inscribirlos, ética y socialmente, en la convivencia social, como los consensos de las naciones indígenas, inscritos en su cultura sin haber sido necesariamente escritos.

5. ¿Cómo sería una “civilización de la simplicidad” (Gorostiaga, 1991), de la calidad de vida, de la sustentabilidad, de la igualdad y de la alegría compartida?

6. ¿Debemos criticar el desarrollo sustentable como una contradicción en sí? ¿Las nociones de “desarrollo” y de “sustentabilidad” serían antagónicas? ¿Es el desarrollo sustentable una “trampa del ecocapitalismo”, como afirma Leonardo Boff? ¿Debemos criticar toda forma de desarrollo o sólo la forma capitalista de desarrollo?

Ciertamente existe una concepción capitalista del desarrollo sustentable y que es mayoritariamente sostenida por el movimiento ecológico. Ella puede constituirse en una trampa para la ecopedagogía. Por eso, la ecopedagogía no puede inspirarse sólo en una concepción del desarrollo. El desarrollo sustentable, desde nuestro punto de vista, sólo puede, de hecho, enfrentar el deterioro de la vida en el planeta en la medida en que esté asociado a un *proyecto más amplio*, que posibilite el advenimiento de una sociedad justa, equitativa e incluyente, lo opuesto del proyecto neoliberal y neoconservador. Sólo con el apoyo fuerte de los trabajadores de la ciudad y del campo, de los movimientos sociales y populares, podemos erigir un nuevo modelo de desarrollo y de educación verdaderamente sustentable.

Podemos decir que la educación para la ciudadanía planetaria está apenas comenzando y que debe llevarnos a una educación para la *ciudadanía cósmica*. Los desafíos son enormes tanto para los educadores como para los responsables de los sistemas educacionales. Pero ya existen ciertas señales, en la propia sociedad, que apuntan hacia una creciente búsqueda no sólo de temas espirituales y de autoayuda sino de un conocimiento científico más profundo del universo.

El interés por las cuestiones globales y por el cosmos está atrayendo hoy mucho más a los físicos. Y no sólo a los científicos, sino también al gran público. Hay actualmente mucha búsqueda de conocimientos sobre el universo. Es un hecho auspicioso verificar que se busca saber más no sólo sobre el hombre sino también sobre el planeta y el universo. La columna de divulgación científica del astrofísico Marcelo Gleiser, que aparece los domingos en el diario *Folha de São Paulo*, es muy leída. Después de su *best-seller* de 1997, *A dança do universo* —que vendió en dos años 60 000 ejemplares en Brasil y 10 000 en Estados Unidos—, Gleiser lanzó sus columnas semanales en libro dos años después con el título *Retalhos cósmicos*. Esto demuestra el creciente interés en conocer más sobre el universo.

Los *currículos escolares*, en una visión ecopedagógica, deberán in-

cluir desde los estudios infantiles no sólo el estudio del ambiente natural, el entorno y los contextos urbanos, sino también la historia de la Tierra y del universo. La ecopedagogía nos enseña a mirar hacia el cielo. Gustavo Cherubini, coordinador del programa de ecopedagogía del Instituto Paulo Freire, es un educador muy sensible a este tema y busca superar la tradicional dicotomía entre el mundo humano y el no humano. En la convocatoria que escribió para el I Encuentro Internacional de la *Carta de la Tierra en la Perspectiva de la Educación*, introdujo el tema general con un texto que juzgo ejemplar como visión del mundo de la ecopedagogía:

Si miramos hacia el cielo atentamente una noche de luna menguante, lejos de las luces artificiales de los grandes centros urbanos, podemos identificar en el espacio infinito una miríada de cuerpos celestes que están distribuidos por miles de millones de galaxias, cada una de ellas con miles de millones de astros. La fantástica y deslumbrante visión proporcionada por la naturaleza tuvo origen en la gran explosión de un único cuerpo celeste, formando el universo que conocemos y que, según los estudiosos, continúa en expansión.

El gran espacio universal ocupado por los cuerpos celestes es medido por distancias de años-luz, volviendo todo aún más gigantesco, con proporciones inimaginables que continuamente despiertan en la humanidad el deseo de descifrar el origen y la totalidad del universo y de la vida.

Las mismas dimensiones del universo que provocan en la humanidad un deseo por su conocimiento que nunca finaliza, también sirven para demostrar cuán raro es el fenómeno de la vida. Hasta donde sabemos, dentro de la infinitud espacial, sólo en el minúsculo cuerpo celeste llamado Tierra se produjo la vida, y con una diversidad que nos fascina y encanta. Fue necesario que el caudaloso río del tiempo transcurriese para que las condiciones adversas de la gran explosión se moderasen y largos procesos sucesivos de acomodaciones y evoluciones tuviesen inicio y fin, continuamente, hasta que las condiciones inusuales y de delicada textura volvieran posible el milagro de la vida en la ecosfera, la fina capa que recubre el cuerpo de la Tierra.

En la historia de la humanidad el siglo XX es celebrado por los occidentales como un periodo de tiempo donde pudimos avanzar como seres creadores de obras y objetos técnicos e informáticos cuya función y finalidad sería la de contribuir al desarrollo y al progreso material de los seres humanos. Es innegable el avance proporcionado por los procesos productivos y tecnológicos generadores de productos y soluciones para las cuestiones prácticas de la vida humana, principalmente las relacionadas con los sectores de la comunicación, del transporte y del consumo.

Pero al analizar detenidamente el fin del siglo XX con una mirada más acuciosa y sensible de observador interesado en los rumbos de la humani-

dad, podemos percibir que los valores universales contruidos a lo largo del tiempo por diversas culturas y pensamientos –valores y conceptos sobre la paz, la solidaridad y la armonía– hace mucho que dejaron de existir en la vida cotidiana del planeta. Es como si la humanidad no tuviese en consideración los enormes requerimientos de tiempo y de adecuación del espacio que fueron necesarios para que la vida, toda especie de vida, ocurriese en el minúsculo cuerpo celeste llamado Tierra.

Educación para la ciudadanía planetaria implica mucho más que una filosofía educacional, que el enunciado de sus principios. La educación para la ciudadanía planetaria implica una revisión de nuestros currículos, una reorientación de nuestra visión del mundo de la educación como espacio de inserción del individuo no en una comunidad local, sino en una comunidad que es local y global al mismo tiempo. Educar entonces no sería, como decía Émile Durkheim, la transmisión de la cultura de una generación a otra, sino el gran viaje de cada individuo en su universo interior y en el universo que lo rodea.

LECTURA

HISTORIA DEL UNIVERSO*

Hace quince mil millones de años, en una combinación momentánea de energía jamás igualada nuevamente, el universo fue formado en una gran explosión que hizo volar materia gaseosa en todas direcciones. Más de mil millones de años pasaron antes de que esa gran aglutinación de energía se calmase y estabilizase lo suficiente para organizar a la materia gaseosa bajo la forma de cientos de miles de millones de galaxias que comprenden el universo tal como lo conocemos hoy. Esas galaxias funcionaban como sistemas gigantes autoorganizadores de energía, desplazándose por el espacio vacío durante varios miles de millones de años. Ese periodo fue turbulento. Las estrellas más luminosas maduraron muy rápidamente y explotaron en supernovas poderosas que marcaron el nacimiento de nuevos sistemas de energía. Esos sistemas de segunda generación eran más promisorios en su potencialidad, más elaborados en su estructura interna y mantenían los elementos esenciales de la vida: carbono, nitrógeno, oxígeno y otros elementos. A diez mil millones de años de la explosión inicial de energía nuestra galaxia, la Vía Láctea, se formó como un sistema de segunda generación, y con ella diez mil nuevas estrellas. Una de esas estrellas fue el Sol. En una explosión masiva de energía el Sol lanzó lejos toda la materia gaseosa que lo rodeaba. De esa explosión de energía se creó el sistema solar: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y Plutón.

No todos los planetas de nuestro sistema solar fueron dotados del mismo potencial de creación de vida que la Tierra. En Júpiter, Saturno, Neptuno y Urano la actividad gaseosa y fundida nunca maduró más allá de los procesos químicos más simples. En Mercurio, Venus, Marte y Plutón la costra planetaria se endureció lentamente en continentes sin vida. Sólo la Tierra, perfectamente equilibrada como estaba en su propia dinámica interna dentro del sistema solar, exhibe la actividad química creativa necesaria para la evolución de la vida.

Las primeras células que aparecieron subordinaron y canalizaron los poderes de creación de la vida de la explosión inicial de energía y unieron esos poderes con una capacidad descubierta de recordar los patrones específicos de las informaciones genéticas necesarias para la autorreproducción. La siguiente encarnación de células no sólo retuvo esas capacidades, sino que también subordinó los poderes de generación de vida del oxígeno. La unión de dos organismos genéticamente únicos para la finalidad de la creación de un tercero también surgió en ese periodo y alimentó múltiples veces la variedad genética de la vida. En una base complementaria, comenzaron a desarrollarse las relaciones depredador-presa y, conjuntamente con la inti-

* Brian Swimme y Thomas Berry (1992).

midad de la reproducción, reforzaron las dimensiones tanto simbióticas como violentas del proceso emergente de la Tierra. El ápice de toda esta actividad creadora fue marcado por el desarrollo del primer organismo multicelular, más o menos hace 700 millones de años.

El surgimiento de los primeros organismos multicelulares preparó el terreno para la propagación de una diversidad de formas en la naturaleza. Corales, larvas, insectos, moluscos, medusas, esponjas, estrellas de mar, arañas, vertebrados, sanguijuelas y otras especies comenzaron a proliferar. Gradualmente las especies se adaptaron para enfrentar los desafíos de la naturaleza y las adaptaciones de otras especies. Los moluscos desarrollaron conchas para protegerse mejor. Surgieron nuevas formas de locomoción. Insectos alados aprendieron técnicas de propulsión sobre el agua. Los peces desarrollaron aletas cartilaginosas para moverse más rápidamente. Las mareas de los océanos lanzaron plantas hacia la tierra firme. La vida animal pronto fue también lanzada a la tierra; así, gradualmente, surgió el gran reino de las criaturas anfibias y, con el tiempo, aparecieron los dinosaurios.

Las dimensiones creativas de este periodo inicial de formación no se dieron sin dificultades. Una serie de desastres afectaron ocasionalmente a la Tierra y colisiones astrales masivas perturbaban el funcionamiento delicado de los procesos subyacentes del planeta. Algunas veces la vida virtualmente necesitó reinventarse a sí misma, como ocurrió con la extinción de los dinosaurios, hace más o menos 67 millones de años. Aun así, esa destrucción también preanunció la posibilidad del surgimiento de nuevas líneas evolutivas de desarrollo. Con la extinción de los dinosaurios las dimensiones creativas totales del desarrollo terrestre se mantuvieron en la medida en que los mamíferos, los pájaros y otras criaturas aparecieron para asumir su lugar en el gran drama de la vida. Con el desarrollo de la vida de los mamíferos también surgió la capacidad para la sensibilidad emocional por medio de un sistema nervioso cada vez más complejo y, gradualmente, con el surgimiento de la especie humana, apareció la autopercepción consciente.

Hace cuatro millones de años, en África, los primeros seres humanos se pusieron de pie. Hace dos millones de años los seres humanos aprendieron a crear herramientas simples. Un millón y medio de años atrás los seres humanos dominaron el poder del fuego. Hace treinta y cinco mil años los seres humanos celebraron por primera vez su progresiva autoconciencia a través de realizaciones rituales de festivales, de ceremonias y de pinturas en las cavernas. Luego siguió la domesticación de plantas y de animales y se produjo la declinación gradual de las sociedades de cazadores, pescadores y recolectores para dar paso al surgimiento de las primeras pequeñas aldeas neolíticas y de otros asentamientos humanos. Nuevas formas de actividad cultural florecieron en esos lugares. Las mujeres mantenían papeles sutiles, ofreciendo su liderazgo moral y religioso. Los artistas y artesanos elaboraban sus trabajos manuales. Las disciplinas espirituales celebraban y articu-

laban los ritmos celestiales de la naturaleza y rendían homenaje al Espíritu Divino. Muchas de las estructuras simbólicas básicas del lenguaje surgieron en ese periodo. Los avances en el lenguaje, en las artes, en la religión y en la cosmología establecieron las prácticas de formación que aún hoy son la base de muchas disciplinas artísticas, espirituales y simbólicas (David Hutchison, *Educação ecológica*, pp. 15-12).

Cuestionario para la reflexión y profundización de los temas

1] Indique los derechos que el ciudadano planetario deberá tener asegurados y los deberes que tendrá que cumplir.

2] ¿Cuáles son las diferencias entre la concepción consumista de la ciudadanía y la concepción plena de la ciudadanía?

3] Identifique y explique las dimensiones complementarias de la ciudadanía y cómo usted puede ejercer sus derechos y deberes en cada una de ellas.

4] Explique los desafíos que la educación, los educadores y los educandos deberán enfrentar para la construcción de la ciudadanía planetaria.

5] ¿Cómo tomar en cuenta, en la creación de la ciudadanía planetaria, la identidad de las minorías culturales?

6] Identifique y explique las acciones y los acontecimientos que en su opinión revelan que la sociedad civil mundial está en formación.

7] Comente la necesidad que tenemos de ejercer primero la ciudadanía local y nacional para alcanzar la ciudadanía planetaria. ¿Cuáles serían los focos principales a los que la ciudadanía planetaria debería dedicarse en su consecución?

8] Es posible distinguir dos formas de globalización: la económica y la de la ciudadanía. Ambas utilizan la misma base tecnológica, pero con lógicas opuestas. Indique las principales características de cada una y sus principales diferencias.

9] ¿Cómo puede usted colaborar con la ciudadanía planetaria y su construcción sin salir de su comunidad? ¿Es importante salir de nuestro ambiente para enfrentar nuevas vivencias? ¿Cuál es el valor de las nuevas experiencias, en otros ambientes, para la ciudadanía planetaria?

10] ¿Puede usted volverse colaborador de los organismos públicos de su ciudad para mejorar el bienestar de su comunidad? ¿Debe participar en las entidades no gubernamentales, como las Asociaciones de Barrio, la Asociación de Padres y Maestros, el Gremio Estudiantil o las entidades ambientalistas?